

año de 4, el Almirante, si quizá llegó allí entonces y lo hizo bautizar, porque llevaba consigo clérigo capellan, y le hizo poner otro nombre y después tomó el del Comendador Mayor de Alcántara, pero creo que no, porque por allí tuvo muchos trabajos de tormentas y vientos contrarios. Después del año de 8, ya no había Comendador Mayor en esta isla, sino el segundo Almirante; pudo también ser, que alguno de los que venían de tierra firme, después del año de 509, clérigo, y aún quizá seglar, se atrevió á bautizarlo y ponerle aquel nombre por ser aficionado al dicho Comendador Mayor.

Por las cosas ya dichas de la benignidad y buen tratamiento que los indios, vecinos de aquella isla de Cuba, con Hojeda, y con Anciso usaron, y así también con los de antes ó después destes españoles que por aquella isla de tierra firme pasaron, parece claro ser falso lo que refiere allí Pedro Mártir, conviene á saber, que cuando llegaron á aquella isla Colmenares y Caicedo, procuradores que los del Darien á Castilla enviaron, hallaron la carabela en que Valdivia había venido, cuando lo envió Vasco Núñez la segunda vez á esta isla Española, como se dirá, en la costa de la mar, hecha pedazos en el agua, y juzgaron que los indios los habían muerto, la cual pudo perderse como se perdió, según diremos, en la mar, y ahogarse todos, y después echar la tormenta donde la hallaron. Cuanto más, que si á aquellos mataran, y los de Cuéyba mataran á Hojeda y á los demás, y el Comendador y su gente hicieran pedazos á Anciso y á los de su compañía, y á todos los que antes destes por allí pasaron, justamente lo hacían, como á gente de cruel y tiránica infamada, y de quien sabían que habían destruido esta isla Española, y tantas islas de los Lucayos, de todos los cuales se habían ido huyendo á aquella isla de la tiránica y horrible servidumbre con que los oprimían y mataban, como en el libro precedente, cap. 60, fué declarado, y así podían razonabilísimamente temer que á ellos les habían de hacer otro tanto, como lo hicieron al cabo, hasta que, como á ésta, toda la despoblaron, y, pues no lo hicieron pudiéndolo hacer tan á su salvo, señal es que pudo ser que ni á Valdivia ni á Nicuesa, como algunos también pensaron, los de Cuba mataron. Dice allí también Pedro Mártir, que como no hallaron cuerpo ninguno, que los matadores los debían de haber echado

en la mar, ó dado á los caribes que comen carne humana, que por allí debían de navegar; pero esto no tiene señal de verdad, porque nunca jamás se halló que los caribes, si los hay, descendiesen tanto abajo de sus islas, que son las de Guadalupe y Dominica, que están más al Oriente que la de Sant Juan, y aún á esta Española creo que no bajaban sino quizá de cuando en cuando, y los que informaban desto á Pedro Mártir hablaban lo que no sabían, sino lo que se les figuraba ó antojaba. Oviedo dice muchas cosas, como suele, que no vido, de costumbres malas de la gente de aquella isla, que ni yo supe, que fui de los primeros y estuve allí algunos años, ni jamás oí á hombre que lo alcanzase; porque, como está dicho y se dirá, fué tan presta y violenta la destrucción de aquella isla, que no fué posible los indios usar cosa de las que dice, ni los españoles verla para lo alcanzar, porque después que allí entramos nunca tuvieron un día de alivio, sino que toda su ocupación era en los trabajos que los mataban, y la hora que dellos cesaban no tenían otro cuidado que lamentar y gemir su desventura y calamidad. Dice Oviedo que cuando alguno se casaba, señor ó principal, ó de los plebeyos y bajos, todos los convidados, primero que el novio, habían de tener con la novia mala parte; yo creo que el que lo dijo á Oviedo no le dijo verdad, porque nunca hubo tiempo para que aquello de los indios se alcanzase. Y si verdad fuese, naciones hubo entre las antiguas, que vivían sin conocimiento de Dios, que acostumbraron lo mismo, como á la larga en nuestra Apologética Historia mostramos. Y por esto no es de maravillar que quien carece de doctrina y de gracia caiga en estos defectos y en otros mayores y más.

CAPITULO XXV.

* Desembarca Diego Velazquez en Cuba.—Resistencia de los naturales.—Persecución de los españoles.—De cómo fué preso y quemado vivo el cacique Hatuey.

Explanado queda lo que tuvimos entendido de la isla de Cuba, y de lo que en ella hallamos, y de las gentes que la moraban ó habitaban, resta ya referir de la pa-

sada que á ella hicimos los cristianos, puesto que yo no pasé con él, sino después, desde á cuatro ó cinco meses, en otro viaje. Partió Diego Velazquez con sus 300 hombres de la villa de la Zabana, desta isla Española, en fin, á lo que creo, del año de 1511, y creo que fué, si no me he olvidado, á desembarcar á un puerto llamado de Palmas, que era en la tierra, ó cerca della, donde reinaba el señor que dije haberse huido de esta isla y llamarse Hatuey, y que había juntado su gente y mostrádoles lo que amaban los cristianos como á señor propio, que era el oro, como pareció en el cap. 21. Sabida la llegada de los nuestros, y entendido que de su venida no podía resultarles sino la servidumbre y tormentos y perdición, que en esta Española habían ya muchos dellos visto y experimentado, acordaron de tomar el remedio, que la misma razón dicta en los hombres que deben tomar, y la naturaleza aún á los animales y á las cosas insensibles que no tienen conocimiento alguno enseña, que, contra lo que corrompe y deshace su ser, deban tomar, y este es la defension. Pusiéronse, pues, en defension con sus barrigas desnudas y pocas y débiles armas, que eran los arcos y flechas, que poco más son que arcos de niños, donde no hay hierba ponzoñosa como allí no la hay, ó no las tiran de cerca á cincuenta ó sesenta pasos, lo que pocas veces se les ofrece hacer, sino de lejos, porque la mayor arma que ellos tienen es huir de los españoles, y así conviéndoles siempre no pelear de cerca con ellos. Los españoles, los que alcanzaban, no era menester animallos ni mestralles lo que habían de hacer. Guareciéronse mucho á los indios ser toda la provincia montes y por allí sierras, donde no podían servirse de los caballos, y porque luego que los indios hacen una vez cara con una gran grita, y son de los españoles lastimados con las espadas, y peor cuando de los arcabuces y alcanzados de los caballos, su remedio no está sino en huir y desparcirse por los montes donde se pueden esconder, así lo hicieron estos, los cuales, hecha cara en algunos pasos malos, esperando á los españoles algunas veces, y tiradas sus flechas sin fruto, porque ni mataron ni creo que hirieron jamás alguno, pasados en esto dos ó tres meses, acordaron de se esconder; siguióse luego, como siempre se suele seguir, andar los españoles á cazallos por los montes, que llaman ellos ranchar, vocablo entre ellos muy famoso y entre ellos muy

usado y celebrado, y donde quiera que hallaban manada de indios, luego, como daban en ellos, mataban hombres y mujeres, y aún niños, á estocadas y cuchilladas, los que se les antojaba, y los demás ataban, y llevados ante Diego Velazquez, repartíselos á uno tantos y á otro tantos, según él juzgaba, no por esclavos, sino para que le sirviesen perpétuamente como esclavos y aún peor que esclavos, solo era que no los podían vender, al menos á la clara, que de secreto y con sus cambalaches hartas veces se ha en estas tierras usado. Estos indios así dados, llamaban piezas por común vocablo, diciendo: "yo no tengo sino tantas piezas y he menester para que me sirvan tantas," de la misma manera que si fueran ganado.

Viendo el cacique Hatuey que pelear contra los españoles era en vano, como ya tenía larga experiencia en esta isla por sus pecados, acordó de ponerse en recaudo huyendo y escondiéndose por las breñas, con hartas angustias y hambres, como las suelen padecer los indios cuando de aquella manera andan, si pudiera escaparse. Y sabido de los indios que tomaban quien era (porque lo primero que se pregunta es por los señores y principales para despachallos, porque, aquellos muertos, fácil cosa es á los demás sojuzgallos), dándose cuanta prisa y diligencia pudieron en andar tras él muchas cuadrillas para tomallo, por mandado de Diego Velazquez, anduvieron muchos días en esta demanda, y á cuantos indios tomaban á vida interrogaban con amenazas y con tormentos, que dijese del cacique Hatuey dónde estaba; dellos decían que no sabían, dellos, sufriendo los tormentos, negaban, dellos, finalmente, descubrieron por donde andaba, y al cabo lo hallaron. El cual, preso como á hombre que había cometido lo crimen *lesae majestatis*, yéndose huyendo desta isla á aquella, por salvar la vida de muerte y persecución tan horrible, cruel y tiránica, siendo Rey y señor en su tierra sin ofender á nadie, despojado de su señorío, dignidad y estado, y de sus súbditos y vasallos, sentenciáronlo á que vivo lo quemasen, y para que su injusta muerte la divina justicia no vengase sino que la olvidase, acaeció en ella una señalada y lamentable circunstancia: cuando lo querían quemar, estando atado al palo, un religioso de Sant Francisco, le dijo como mejor pudo que muriese cristiano y se bautizase; respondió, que, ¿para qué había de ser como los cristianos, que eran

malos? Replicó el Padre, porque los que mueren cristianos van al cielo y allí están viendo siempre á Dios y holgándose; tornó á preguntar si iban al cielo cristianos, dijo el Padre que sí iban los que eran buenos: concluyó diciendo que no quería ir allá, pues ellos allá iban y estaban. Esto acaeció al tiempo que lo querían quemar, y así luego pusieron á la leña fuego y lo quemaron.

Esta fué la justicia que hicieron de quien tanta contra los españoles tenia para destruillos y matallos como á injustísimos y crueles enemigos capitales, no por más de porque huía de sus inícuas é inhumanas crueldades; y esta fué tambien la honra que á Dios se dió, y la estima de su bienaventuranza que tiene para sus predestinados, que con su sangre redimió, que sembraron en aquel infiel, que pudiera quizá salvarse, los que se llamaban y arreaban de llamarse cristianos. ¡Qué otra cosa fué decir que no quería ir al cielo, pues allá iban cristianos, sino argüir que no podía ser buen lugar, pues á tan malos hombres se les daba por eterna morada? En esto paró el Hatuey, que, cuando supo que para pasar desta isla á aquella los españoles se aparejaban, juntó su gente para la avisar por qué causa les eran tan crueles y malos, conviene á saber, por haber oro, que era el Dios que mucho amaban y adoraban. Bien parece que los cognoscía, y que con prudencia y buena razon de hombre temia venir á sus manos, y que no le podía venir dellos otra utilidad, otro bien, ni otro consuelo, al cabo, sino el que le vino.

CAPITULO XXVI.

* Con permiso de Esquivel pasa á Cuba Pánfilo de Narvaez con 30 españoles.—Fundase la villa de Baracoa.—Intérnase Narvaez á la provincia de Bayamo.—De la sorpresa que dieron los indios á los españoles, los cuales se salvaron por haberse entretenido los primeros en robarles los vestidos.—De cómo Narvaez recibió un golpe de piedra, y montando luego en su yegua y los indios espantados se retiraron á la provincia de Camaguey.

Quemado el Hatuey, como las gentes de por allí lo tenían por hombre y señor esforzado, de miedo puro, que se les arraigó en las entrañas, debajo de la tierra, si pu-

dieran meterse, trabajaran por huir de las manos de los cristianos, y así no habia ya hombre por toda aquella provincia, que llamaban de Maycí, la última sílaba luenga, que parase ni se juntase con otro, por hacer menos rastro y no ser tomados, y algunos se venian á dar á los españoles, llorando, pidiendo perdón y misericordia, y que los servirían porque no les hiciesen mal. En este tiempo, sabido en la isla de Jamáica que Diego Velazquez habia pasado á poblar y á pacificar, como ellos solian, y hoy aun suelen decir, la isla de Cuba, Juan de Esquivel, que allí era Teniente y la habia quasi destruido, acordó enviar, ó ellos mismos se movieron y le pidieron licencia para pasar á ella, á ayudar á Diego Velazquez, á un Pánfilo de Narvaez, natural de Valladolid, que por parte de ser Diego Velazquez, de Cuéllar, que está cerca, le era aficionado, con 30 hombres españoles, todos flecheros, con sus arcos y flechas, en el ejercicio de las cuales estaban más que indios ejercitados. Este Pánfilo de Narvaez era un hombre de persona autorizada, alto de cuerpo, algo rubio, que tiraba á ser rojo, honrado, cuerdo, pero no muy prudente, de buena conversacion, de buenas costumbres, y tambien para pelear con indios esforzado, y debíalo ser quizá para con otras gentes, pero sobre todo tenia esta falta, que era muy descuidado, del cual hay harto que referir abajo. Este, con su cuadrilla flechera, fué bien rescibido de Diego Velazquez, aunque maldito el provecho de su venida resultó á los indios, y luego les dió piezas, como si fueran cabezas de ganado, para que les sirviesen, puesto que ellos traian de los indios de Jamáica algunos que los servian donde quiera que andaban. A este Narvaez hizo Diego Velazquez su Capitán principal, siempre honrándolo, de manera que despues dél tuvo en aquella isla el primer lugar. Luego, desde á pocos dias, pasé yo allá habiendo enviado por mí el dicho Diego Velazquez, por el amistad que en esta isla habíamos tenido pasada, y anduvimos juntos Narvaez y yo, asegurando todo el resto de aquella isla para mal de toda ella, como se verá, cerca de dos años.

Hostigados y atemorizados los indios de aquella provincia de Maycí, como está dicho, comenzó Diego Velazquez á pensar en repartir los indios della por los españoles, como habia hecho en esta isla el Comendador Mayor, y él mismo en las cinco

villas de que habia sido Teniente, como arriba queda referido, y éste es como ha sido todo su bienaventurado fin, segun que por los precedentes libros ha parecido, y para ésto constituyó una villa en un puerto en la mar del Norte, cuyo asiento llamaban los indios Baracoa, la penúltima luenga, que estaba en comarca de aquella provincia de Maycí, la cual fué la primera de aquella isla, á la cual, por ser la primera villa, decia que habia de repartir á los vecinos della 200.000 indios. Desde la villa de Baracoa, envió á Narvaez con 25 ó 30 hombres á una provincia llamada el Bayamo, la media sílaba luenga, tierra llana y descubierta de montes y harto graciosa, que dista de Baracoa, si no me he olvidado, 40 ó 50 leguas, la isla abajo hácia el Poniente, para asegurar los indios y gente natural della por bien y si no por guerra, porque miéntras no los tienen seguros, no pueden repartillos ni servirse dellos, que es, como dije, su último fin; Narvaez sólo llevaba una yegua en que iba, los otros todos á pié. Llegando á la provincia, la gente de los pueblos salianlos á rescibir con sus presentes de comida, porque oro ni otras joyas ó riquezas, no las estimaban ni cognoscian, espantados de ver aquel animal tan grande, que nunca habian visto, y que subido un hombre encima tantas cosas en él hiciese, y en especial que aquella yegua que Narvaez tenia era brava, y en revolverse de una parte á otra echaba las piernas de tal manera que parecia tirar grandes coces.

Aposentáronse todos los españoles en cierto pueblo de indios, y como habian oído sus nuevas de la quema del cacique Hatuey é las muertes y corrimiento de los vecinos y gente de la provincia de Maycí, é que no esperaban que ménos harian en ellos, y las importunidades que cada hora les hacian, y los ojos á las mujeres y á las hijas, y por ventura las manos, que en algunas dellas ponian, porque ésta es costumbre en los nuestros usada y en estas tierras antigua, acordaron todos los indios de la provincia de ahorcar dellos, si pudiesen, lo cual tuvieron por cierto como no fuesen más, creo que, de 25. Y aunque Narvaez no era, como dije, muy cuidadoso, en el bohío ó casa de paja en que estaba aposentado tenia tambien su yegua metida, y habia ordenado que hobiese velas de noche y espías. Juntáronse de toda la provincia cerca de 7.000 indios con sus arcos y flechas, desnudos en cueros, porque, como en

esta isla, desnudos vivian, segun lo acostumbaban comunmente los de las tierras calientes en estas Indias. Vinieron sobre Narvaez y los suyos, una noche despues de la media pasada, lo cual pocas veces los indios destas islas hacian; hiciéronse sobre dos partes, ordenando que la una entrase en el pueblo por un lado, y la otra por otro, y del buen recaudo de los españoles hallaron durmiendo las velas ó espías, y fué cosa graciosa que, por codicia de robar el hato de los españoles, que no era otro sino vestidos (porque siempre los indios desque vieron á los españoles vestidos, siempre codiciaron vestirse), no aguardaron el tiempo y sazón que concertado habian, y así la una parte ó escuadron dióse más priesa por robar que la otra, y entra en el pueblo dando grita sin ser sentidos. Despertó Narvaez atónito, que á sueño suelto dormia, y los demas que no tenían para dormir ménos brío; entraban los indios en los bohíos ó casas de paja, y topaban con los españoles, ni los mataban ni los herian, sino curando de apañar ropa, era todo el fin que cada uno pretendia. Los españoles topaban con los indios, y como estaban en profundo sueño dormidos, y fué súpita la gran grita, que suele ser terrible la de los indios, andaban atónitos, no entrando en acuerdo, ni advirtiendo lo que era ni si morian ó vivian.

Los indios domésticos, que Narvaez habia traído de Jamáica, encendieron tizones del fuego que allí tenían, y así como los indios de fuera vieron con la lumbrera al Narvaez, que ya comenzaba á entrar en acuerdo, uno dellos arrójale una gran piedra, y dále en los pechos cerca de la boca del estómago, que dió con él quasi muerto en el suelo, y así despertó del todo, y dijo á un fraile bueno que allí tenia consigo, de la orden de Sant Francisco: "¡Ay padre que me ha muerto!" Consolóle el religioso y esforzóle lo mejor que pudo, y, tornando en sí, ensillan la yegua con la priesa que pudieron, y enfréanla con harta dificultad porque era de tal hechura, y sube Narvaez en ella descalzo de pié y pierna, y sólo una camisa de algodón sobre otra de lienzo de Castilla, y echa un pretal de cascabeles en el arzon de la silla, y no hizo mas de arremeter por la plaza una carrera, sin tocar en ningun indio, porque en sintiendo que salia con la yegua, todos se habian por el monte que estaba cerca acogido. Fué tanto el temor que de la yegua tuvieron y del sonío de los

casabeles, pensando que cada uno era un millar de enemigos (cosa maravillosa es de decir), que no pararon, hombre ni mujer ni hijos, huyendo hasta otra provincia llamada Camagüey, la penúltima luenga, que distaba de aquella 50 leguas, y aún de despoblado camino. Por manera que, por adelantarse á robar la ropa de los españoles, no guardando la orden y tiempo y sazón que los Capitanes habían ordenado, perdieron su negocio é intento los indios, porque si juntos, á una, dieran en el pueblo, hecho fuera de Narvaez y de sus 25; no debe ser aquel caso el primero que en el mundo ha acaecido, conviene á saber, perder las batallas por robar los despojos de la gente de guerra, y así por mala cudicia. Hizo luego mensajeros Narvaez á Diego Velázquez, sobre lo acaecido, el cual determinó de ir allá con gente donde residía algunos meses; no pareció persona por toda la provincia, sino eran algunos muy viejos y enfermos que no pudieron huir, y éstos descubrieron como toda la gente había huido á la provincia de Camagüey. Siguió el alcance Narvaez desde lo supo, pero, como fué tarde y llevaba poca gente, no se atrevió á entrar en la provincia de Camagüey, porque tenía noticia que tenía muchos vecinos, y así se tornó sin hallar algún indio.

CAPITULO XXVII.

* De algunos que entre la gente de Velázquez había descontentos de su gobernación.—De cómo Francisco de Morales es tomado preso y enviado al Almirante.—Habiendo llegado á la Española los jueces de apelación, acuerdan los descontentos hacer sus informaciones secretas para lo cual envían á Hernando Cortés.—Préndele Velázquez y quiere ahorcarle, pero habiéndole rogado en su favor muchas personas le mandó echar en un navío para enviarlo á la Española.—Vuelto á tierra se metió en la iglesia.—De cómo se le tornó á prender y Diego Velázquez le perdonó no queriendo volver á recibirlo en su servicio.—Impúgnanse algunos pasajes de Gomara.—Determina Velázquez que se hagan en Cuba pueblos de españoles.—Reparte los indios y perdona á Cortés volviéndole su amistad.

Antes que Diego Velázquez de la villa de Baracoa se moviese, ni supiese lo que

á Narvaez había acaecido, sucedió lo que aquí agora diré. Entró la gente que allí con Diego Velázquez estaba, había del y de su gobernación algunos descontentos, ó porque no les hacía, según ellos estimaban de sí, tan buen tratamiento como quisieran, en especial un Francisco de Morales, natural de Sevilla, hombre de autoridad y persona honrada, y que el Almirante había enviado con Diego Velázquez por Capitan en aquella isla, y que el Diego Velázquez no le pudiese remover, aunque todavía sujeto á Diego Velázquez, por manera que había entre los que allí estaban ya parcialidad. Diego Velázquez, viendo que su gobernación, buena ó mala, se le perturbaba, hizo proceso contra el Morales y envióle preso á esta isla al Almirante, el cual ido, ó nació de aquí ó de otros principios ó personas, las quejas del teniente Diego Velázquez crecían de cada día. En este tiempo vino á Cuba nueva como eran llegados á esta isla Española los jueces de apelación, y acordaron los quejosos de Diego Velázquez de hacer sus informaciones secretas y allegar sus memoriales y tomar sus firmas, para se enviar á quejar á los dichos jueces, como á justicias superiores que enviaba el Rey, y no hallaron otro más á mano y más atrevido á cualquiera peligró, porque había de pasar á esta isla en una canoa ó barquillo de los indios, en mar tan alta, y como suele ser tan brava, sino á Hernando Cortés, criado y secretario del dicho Diego Velázquez, que desta isla lo había llevado consigo, siendo escribano público en esta isla de la villa de Azua.

Tenía Diego Velázquez dos secretarios; uno, este Hernando Cortés, y otro Andrés de Duero, tamaño como un codo, pero cuerdo y muy callado y escribía bien. Cortés le hacía ventaja en ser latino, solamente porque había estudiado leyes en Salamanca y era en ellas Bachiller, en lo demás, era hablador y decía gracias, y más dado á comunicar con otros que Duero, y así no tan dispuesto para ser secretario. Era muy resabido y recatado, puesto que no demostraba saber tanto, ni ser de tanta habilidad como después lo mostró en cosas árduas; era natural de Medellín, hijo de un escudero que yo cognoscí, harto pobre y humilde, aunque cristiano viejo y dicen que hidalgo. A éste, como comencé á decir, hallaron los quejosos aparejado para llevar sus quejas, cartas y despachos, ó porque él lo estaba también quejoso de su

amo Diego Velázquez; estando para se embarcar en una canoa de indios con sus papeles, fué Diego Velázquez avisado y hizo prender y quisolo ahorcar. Rogáronle muchas personas por él, mandó echar en un navío para enviallo preso á esta isla Española, soltóse por cierta manera del navío y metióse de noche en el batel, y vino á la iglesia, y estuvo allí algún día; un Juan Escudero, que era alguacil (que él después ahorcó en la Nueva España), aguardó su tiempo, y paseándose Cortés fuera de la iglesia, lo tornó á prender. Crecida la ira en Diego Velázquez, tuvo lo muchos días preso, y al cabo (Diego Velázquez era bien acondicionado y durábalé poco el enojo), rogándole muchos por él que lo perdonase, hóbolo de hacer, pero no le quiso tornar á recibir en su servicio de secretario.

Gomara, clérigo, que escribió la Historia de Cortés, que vivió con él en Castilla siendo ya Marqués, y no vido cosa ninguna, ni jamás estuvo en las Indias, y no escribió cosa sino lo que el mismo Cortés le dijo, compone muchas cosas en favor del, que, cierto, no son verdad, y entre otras, dice, hablando en el principio de la conquista de Méjico, que no quiso hablar en muchos días de enojo á Diego Velázquez, y que una noche fué armado donde Diego Velázquez estaba sólo con solos sus criados, y que entró en la casa, y que temió Diego Velázquez cuando lo vido á tal hora y armado, y que le rogó que cenase y descansase, y Cortés respondió que no venía sino á saber las quejas que tenía del, y satisfacerle á ser su amigo y servidor, y que se tocaron las manos por amigos, y que durmieron ambos aquella noche en una cama. Esto es todo gran falsedad, y cualquiera cuerdo puede fácilmente juzgar aún de las mismas palabras que, en su compostura, Gomara, su criado y su historiador, allí dice, porque siendo Diego Velázquez, Gobernador de toda la isla, como él allí concede, y Cortés un hombre particular, de jado aparte ser su criado y secretario, y que le había tenido preso y querido ahorcar, y que lo pudiera hacer justa ó injustamente, ¡qué diga Gomara que no le quiso hablar por muchos días, y que había ido armado á preguntar que qué quejas tenía del, y que iba á ser su amigo, y que se tocaron las manos, y que durmieron aquella noche en una cama! Yo vide á Cortés en aquellos días, ó muy pocos después, tan bajo y tan humilde, que del más chico

criado que Diego Velázquez tenía quisiera tener favor; y no era Diego Velázquez de tan poca cólera, ni aún de tan poca gravedad, que aunque por otra parte cuando estaba en conversacion era muy afable y humano, pero cuando era menester, y si se enojaba, temblaban los que estaban delante del, y quería siempre que le tuviesen toda reverencia, y ninguno se sentaba en su presencia aunque fuese muy caballero, por lo cual, si él sintiera de Cortés una punta de alfiler de cerviguillo y presunción, ó lo ahorcara, ó á lo ménos lo echara de la tierra y lo sumiera en ella sin que alzara cabeza en su vida. Así que Gomara, mucho se alarga imponiendo á Cortés, su amo, lo que en aquellos tiempos, no sólo por pensamiento estando despierto, pero ni durmiendo, por sueños, parece poder pasarse. Pero como el mismo Cortés, después de Marqués, dictó lo que había de escribir Gomara, no podía sino fingir de sí todo lo que le era favorable; porque como subió tan de súbito de tan bajo á tan alto estado, ni aún hijo de hombre, sino de Júpiter desde su origen, quisiera ser estimado.

Y así, deste jaez y por este camino fué toda la historia de Gomara ordenada, por que no escribió otra cosa sino lo que Cortés de sí mismo testificaba, con que al mundo, que no sabía de su principio medio y fin cosa, Cortés y Gomara encandilaron, como abajo, placiendo á Dios amador de verdad, parecerá. Lo cual por agora dejado, después que Diego Velázquez determinó que se hiciesen pueblos ó villas de españoles en las provincias de aquella isla, y repartió los indios á los tales vecinos, como la historia dirá, perdido todo el enojo de Cortés, dióle también indios y su vecindad, y tractóle bien, y honróle haciéndole Alcalde ordinario en la villa, que después fué ciudad, de Santiago, donde lo había avecindado; porque desta condición era, cierto, Diego Velázquez, que todo lo perdonaba pasado el primer ímpetu, como hombre no vindicativo sino que usaba de benignidad. También de su parte Cortés no se desentendaba de serville y agradalle, y no enojalle en cosa chica ni grande, como era astutísimo, de manera que del todo tornó á ganalle, y á descuidalle, como de antes. Tuvo Cortés un hijo ó hija, no sé si en su mujer, y suplicó á Diego Velázquez que tuviese por bien de se lo sacar de la pila en el bautismo y ser su compadre, lo que Diego Velázquez aceptó,

por honralle, de buena voluntad. Todas estas honras y favores, que Diego Velazquez dió y hizo á Cortés, se le tornaron en daño y perdición á él por el desagradecimiento de Cortés. Dióse buena priesa Cortés, poniendo diligencia en que los indios que le habia repartido Diego Velazquez, le sacasen mucha cantidad de oro, que era el hipo de todos, y así, le sacaron dos ó tres mil pesos de oro, que para en aquellos tiempos era gran riqueza; los que por sacarle el oro murieron, Dios habrá tenido mejor cuenta que yo. Porque dije que tenia mujer, así fué, que en el tiempo de sus disfavores Cortés se casó con una doncella, (aunque Gomara parece decir que primero la hobo), hermana de un Juan Suarez, natural de Granada, que allí habian pasado con su madre, gente pobre, y parece que le debia de haber prometido que se casaria con ella y despues lo rehusaba. Y dice Gomara, que porque no queria casarse y cumplir la palabra, estuvo Diego Velazquez mal con él, y no era fuera de razon ni de justicia, pues era Gobernador, y aunque no lo fuera. Así que casose al cabo, no más rico que su mujer; y en aquellos dias de su pobreza, humildad y bajo estado, le oí decir, y estando conmigo me lo dijo, que estaba tan contento con ella como si fuera hija de una Duquesa.

CAPITULO XXVIII.

Llega al puerto de Xagua Sebastian de Campo, á quien escribe Velazquez que vaya con los suyos á donde él estaba.—Llega á Baracoa Cristóbal de Cuéllar con su hija Doña María, que iba á casarse con Velazquez.—De cómo Velazquez fué á celebrar sus bodas, dejando por capitán á Juan de Grijalva, y al licenciado Bartolomé de las Casas para que aconsejase como padre al dicho Grijalva.—Celebra Velazquez sus bodas y á los pocos dias queda viudo.—Torna Narvaez de su alcance, y despues comienzan á venir pidiendo perdon los que se habian huido á Camaguéy.—De las causas que los obligaron á volver.

Tornando al lugar, provincia y pueblo donde dejamos á Diego Velazquez, despues de algunos dias, por nuevas de indios, supo Diego Velazquez que habia llegado un navío, y en él ciertos españoles al puerto de Xagua, que estaba de allí cerca de

200 leguas, por lo cual envió una canoa bien esquivada de indios remadores, con una carta en que les decia que se viniesen á donde él estaba, quien quiera que fuesen. Llegada la carta, holgóse mucho el Capitán, que era Sebastian de Campo, que fué al que envió el Comendador Mayor á que bojase aquella isla el año de 8, según que arriba, en el libro II, capítulo 41, dijimos; holgaronse tambien los que con él venian. Este habia cargado un navío, suyo ó con otros en compañía, de vino y mantenimientos para vender á los que estaban en el Darien, y, despachada su mercadería, tornábase para esta isla, y llegado allí, como sabia aquel puerto y traia muy perdido el navío, dejólo allí, y tres pipas de vino y cuatro españoles que las guardasen, y embarcóse en la canoa con los españoles marineros que traia, que serian 12 ó 15, y vino á donde Diego Velazquez estaba, el cual muy graciosamente recibiólo. Bien pudieran los indios de Xagua matarlo á él y á los suyos, sin que dellos memoria hobiera, pero no lo hicieron, antes á todos y á los cuatro, trataron como á hijos. Desde á poco tiempo vinieron á Diego Velazquez nuevas como habia llegado al pueblo y puerto de Baracoa, Cristóbal de Cuéllar, Tesorero de aquella isla, y que habia sido Contador desta, con su hija, doña María de Cuéllar, que habia traído consigo, por doncella suya, doña María de Toledo, mujer del almirante D. Diego; tenia ya concertado con Diego Velazquez, por cartas, de dársela por mujer y él de rescibilla. Este Cristóbal de Cuéllar era hombre muy prudente, cuanto á este mundo, y habia servido al príncipe D. Juan de darle la copa cuando habia de beber. Mostróse siempre en esta isla y en aquella demasidamente servidor del Rey é celador de su hacienda; y dije demasidamente, porque solia decir que por el servicio del Rey daría dos ó tres tumbos en el infierno. Bien podia ser que lo dijese por gracia, pero gracia era desgraciada y de mal ejemplo para cualquiera cristiano. Mucho debemos á los Reyes, y la Escritura Divina nos mandó que los honorifiquemos, obedezcamos, temamos, sirvamos, y la honra y tributos que se les debe les demos; pero no á tanta costa como es dar por ellos tumbos en el infierno, porque no es otra cosa sino posponer á Dios, menospreciándolo por los Reyes.

Así que, sabida por Diego Velazquez la venida del Tesorero Cristóbal de Cuéllar y su hija, que traia para dársela por mu-

jer, despachóse de allí para ir á celebrar sus bodas, y dejó allí con 50 hombres á Juan de Grijalva, por Capitán, mancebo sin barbas, aunque mancebo de bien. Este era natural de Cuéllar, hidalgo, y tratábalo Diego Velazquez como por deudo, quedó por Capitán hasta que Narvaez volviese del alcance que hizo tras la gente de la provincia de Bayamo, que lo habian querido matar, hácia la de Camaguéy. Dejó allí con él á un clérigo, llamado el licenciado Bartolomé de las Casas, natural de Sevilla, de los antiguos desta isla Española, predicador, á quien Diego Velazquez amaba y hacia muchas cosas buenas por su parecer, mayormente por sus sermones cuando predicaba; dejólo como por padre, y quien aconsejase á Juan de Grijalva, el cual siempre obedeció é hizo lo que le aconsejaba, el tiempo que le duró el cargo, que no fué mucho, porque presto volvió Narvaez. Llegó Diego Velazquez á la villa de Baracoa, y un domingo celebró sus bodas con grande regocijo y aparato, y el sábado siguiente se halló viudo, porque se le murió la mujer, y fué la tristeza y luto, más que la alegría habia sido, doblada. Pareció que Dios quiso para sí aquella señora, porque dicen que era muy virtuosa, y quiso prevenirla con la intempestiva muerte, porque quizá con el tiempo y prosperidad no se trastornara.

Estando las cosas de Diego Velazquez en este estado, tornó Narvaez de su alcance sin hacer nada, y desde á pocos dias comienzan los que se habian huido, de miedo de los cascabeles de la yegua de Narvaez, á la provincia de Camaguéy, á venir llorando, pidiendo perdon de lo que habian contra Narvaez cometido y los cristianos, diciendo que habian sido locos y mal considerados, y que les pesaba mucho dello, y que ellos querian servir á los cristianos; y en esto verlos era lástima. Tenian ya noticia de que allí estaba el Clérigo, que ellos, como sacerdote ó hechicero de los suyos, estimaban, y así lo llamaban Behique, y era y siempre fué dellos, y de los demás, como hombre divino temido y reverenciado. Y cuando los pobres venian, traian unos sartales de sus cuentas, que arriba dejamos dicho ser como muelas podridas, pero dellos por gran riqueza estimadas, y daban un sartal al capitán Narvaez (que ya no lo era Grijalva), y otro al Padre, los cuales los rescibian con alegría, y aseguraban diciéndoles que no tuviesen miedo que ya era aquello pasado, que se fuesen cada uno

á su pueblo, y que ninguno les haria daño. La causa de la vuelta á su provincia y meterse en manos de sus enemigos, los españoles, fué, que los vecinos de la provincia de Camaguéy no los pudieron sufrir, como eran mucha gente, para dalles de comer de sus bastimentos; y la razon es, porque aunque todas estas Indias sean abundantísimas de comida, nunca los indios y vecinos de cada provincia tienen, porque no lo procuran tener, más de lo que para sí en sus casas han menester, y aquello tienen y tienen tan cierto, por los ordinarios buenos temporales, que no tienen miedo de que les ha de faltar. De aquí tenia colegido, y dijo en el Consejo del Rey algunas veces ante personas notables del Consejo de guerra, que los españoles, siendo algun razonable número, no podian estar cercados de indios, por la mayor parte de todas estas Indias, arriba de ocho dias, en fortaleza ó pueblo que aquel tiempo se pudiesen sin daño defender; la razon que yo tenia y tengo y allí di es, porque cada provincia no tiene más de comer de para sí, é la gente de guerra que tiene, aunque sean muchos, todavía, siendo los españoles en algun número bastan para defenderse de aquellos, y si de otra provincia que esté léjos de aquella, como 20 ó 30 leguas, quisieren venir á ayudarlos, han de traer á cuestras la comida, cada uno lo que ha de comer, como no tengan bestias para proveerse de sí mismos y de otras de bastimentos, pues esto que se trujese de tan léjos no puede durar cuatro, ó cinco, ó ocho dias, ni en la Provincia donde vienen no lo han de haber; luego, de necesidad, la hambre pura los ha de hacer volver, y así, por consiguiente, los españoles no pueden estar sino muy poco tiempo cercados comunmente, si son en algun número para, entre tanto, sin daño, de que cualquiera provincia se defender. Razon fué que se me admitió y concedió por personas notables, como dije, del Consejo de la guerra. Así que, por causa de que no les comiesen los bastimentos los de la provincia de Bayamo, no los quisieron rescibir los de la de Camaguéy, por lo cual, constreñidos los de Bayamo, acordaron de volver á sus pueblos y casas y á su menester, aunque les pareció que se ponian en peligro de que los españoles podian rengarse dellos; donde se cumplió á la letra, el refrán: "la hambre y el frio fuerzan al hombre meterse por casa de su enemigo". Puesto que faltaba en aquellos, que venian á sus propias casas y no á las de sus enemigos.